

como si bostezase, una infame Aritmética—leía yo a escondidas un vetusto librote de Mitología y las églogas de Garcilaso.

Antonio Azorín desdeña el estilo: cree que el triunfo definitivo del escritor está en prescindir de él, y en decir claro aquello que quiere decir: él cree haber sido un escritor brillante y celebra haber ya dejado de serlo. Y esta opinión suya me hace ser amigo de Azorín, precisamente porque yo creo todo lo contrario. Creo que el triunfo del escritor sobre el lenguaje no está en prescindir del estilo para alcanzar la claridad, sino en llegar a la claridad por medio de la perfección del estilo. Esta ingenua manía de Azorín es simpática: por ella admira a Pío Baroja, y es peregrina cosa que abomine con todo el ardor que le permite su pequeña y amable filosofía de una cualidad que en tal alto posee. ¿Qué es el estilo? El perfeccionamiento y la cristalización definitiva de la manera personal. Azorín, cuando escribe, es personalísimo y su manera de decir ha cristalizado en formas tan concretas, tan limpiamente cortadas y de tal modo transparentes y netas, que desafían toda imitación. No es que el estilo de Azorín sea incapaz de suscitar imitadores; suscítalos, y en abundancia, porque sus fórmulas de agrupación y engranaje son sugestivas y tienen el relieve que es necesario para servir de buen troquel; pero están ellas a su vez tan exactamente moldeadas en el espíritu de Azorín, que es imposible en absoluto adaptarlas a modalidades de intelecto distintas de aquella para expresión y por influencia de la cual fueron concebidas.

Precisamente la sugestión peculiarísima de los libros en que Antonio Azorín nos dice su vida, consiste para mí, sobre todo, en la manera, en el estilo. Azorín procede por ideas sueltas, las cuales va engranando, sin fundirlas, como perlas en sarta. Así, a un tiempo conjuntas e individuales, enlazadas por el hilo sutil de la ensartadura, quedan entre las manos, digamos el

espíritu, del lector, dóciles a toda adaptación transitoria; y puédesse con ellas trazar ringleras y perfilar contornos y amontonarlas en insimétrica agrupación, y hasta, roto el ensarte, dejarlas que al azar se desparramen y que se agrupen como bien les venga; y aun luego, al recogerlas para formar con ellas nueva sarta, mezclar cuentas propias en aqueste rosario de ideas; no pocas veces he gozado enfilando con las de Azorín, claras, fuertes y unánimes, las mías, polícromas y decadentes.

Yo no sé lo que pensará el público, ese gran público que compra libros, o que debe comprarlos; pero para mí son los mejores estos un poco incoherentes, que callando a tiempo, saben sugerir; éstos que, no ya invitan a pensar, que no ya obligan a pensar, sino que dejan en libertad de pensar y acompañan en la tarea del pensamiento.

Con tan inapreciable amiganza, soy amigo, porque escribió sus libros, de Antonio Azorín.

Azorín cree, de acuerdo con su maestro Juste, que «lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje. Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*». Esto de la emoción del paisaje está subrayado por Azorín, y así salta en la página la frase y se adelanta como ofrenda a la vista de quien ha de leer; yo bien creo que aunque Azorín hubiese olvidado el subrayarla, se hubiese destacado para mí del mismo modo, a la manera como se destacan entre centenares de vocablos indiferentes el nombre propio o los nombres de aquellos a quienes amamos. ¡La emoción del paisaje! Azorín, en el fondo, no cree en nada: yo creo en el paisaje y en el alma del paisaje tanto como en mi alma de hombre; y pienso que sólo esta creencia bien vale la pena de vivir. Alguien ha dicho: «nunca el hombre ve al hombre sin placer»; y pudiera también, acaso con más razón, decirse: jamás el espíritu contempla sin placer la tierra. He aquí que el